

hay que olvidar, empero, que por sus venas c  
sangre de Pisístrato, o sea de un hombre pror  
sacrificar la posición por la familia, pero jam  
resignarse a la derrota.

El que mandaba a los rebeldes, al frente de los  
entró en la ciudad, era Clístenes, un aristócrata por quien  
los demás aristócratas sentían poca simpatía porque tenía  
ideas progresistas. Por lo que, como los vencedores eran  
ellos, impugnaron su candidatura para las elecciones si-  
guientes, y en su sitio pusieron a Iságoras, un latifundista  
retrógrado que pretendía que la república se volviese a  
tragar todas sus conquistas sociales. Al cabo de cuatro  
años fue depuesto por una insurrección popular, contra la  
cual nada pudieron ni siquiera los espartanos, acudidos  
nuevamente para apuntalar un orden constituido que, a  
ellos, reaccionarios encallecidos, les gustaba en extremo.

Clístenes, que había capeado la revuelta, asumió el po-  
der y lo ejerció un poco dictatorialmente, también, pero  
en nombre de la democracia. Llevó a término la reforma  
igualitaria de Pisístrato, duplicó el número de ciudadanos  
con derecho a voto, destruyó desde los cimientos algunas  
agrupaciones en *tribus* que constituían la fuerza de clien-  
tela de la aristocracia y que correspondía un poco a nues-  
tro colegio uninominal; e inauguró aquel sistema de auto-  
defensa de las instituciones democráticas que se llama  
*ostracismo*. Cada miembro de la Asamblea popular, de la  
que formaban parte seis mil personas, o sea prácticamente  
todos los cabezas de familia de la ciudad, podía inscribir  
en una pizarra el nombre del ciudadano que, según él,  
constituyese una amenaza para el Estado. Si esta anónima  
denuncia venía avalada por tres mil colegas, el denunciado  
se veía mandado al destierro por diez años sin necesidad  
de un proceso que testificase sus culpas.

Era un principio injusto y por lo demás peligroso, pues  
se prestaba a toda clase de abusos. Pero los atenienses lo  
practicaron con moderación, si bien no siempre atinada-  
mente, pues en los casi cien años que estuvo en uso, fue  
aplicado tan sólo en diez casos. Y el colmo de la sabiduría

acaso la pusieron de manifiesto haciendo blanco de ello precisamente a quien lo había inventado. Un día en que el presidente de la Asamblea, según el enjuiciamiento habitual, preguntó a la asistencia: «¿Se halla entre vosotros alguno que consideréis peligroso para el Estado? Y si está, ¿quién es?», muchas voces respondieron: «Clístenes.» La denuncia reunió los tres mil sufragios exigidos por la ley, con lo que el inventor del ostracismo fue «ostracizado» por aquel pueblo al que había devuelto la libertad y que, con sabia ingratitud, la usó para librarse de él, quien, con muchos méritos en su haber, podía sentirse tentado a hacer de ellos un título para legitimar una nueva tiranía.

No conocemos las reacciones del pobre proscrito. Pero el hecho de que la Historia no las haya registrado, demuestra que fueron menos enérgicas que aquellas a las que se hubiese entregado un Pisístrato o un Hípias. Acaso Clístenes tuvo bastante lucidez para darse cuenta de que la ingratitud, jamás excusable en el plano humano, a menudo lo es en el plano político. Y en el hecho de que los atenienses, convertidos por él en partícipes de la soberanía del Estado, se mostrasen enseguida tan celosos de usarla en perjuicio suyo, vio probablemente el triunfo de su propia obra y gustosamente sacrificó a ella su destino personal. Ya que el ostracismo no implicaba más persecución que el exilio, nos agrada pensar que Clístenes vivió el tiempo suficiente para poder ver con qué heroico encarnizamiento los atenienses defendieron las libertades que él les había dado, cuando para amenazarlas se perfiló, por consejo de Hípias —viejo, pero aún robusto y, a diferencia de Clístenes, incapaz de perdón y de resignación—, el ejército de Darío.